

MUCHACHAS

Para ti, mujer

de Pueblo

NOS ponemos hoy a escribir sin saber ciertamente de qué vamos a hablar. Con nuestra palabra de mujer nos comprometimos a llevar adelante esta página jemenina, página que, sin darnos cuenta, hicimos algo íntimo aunque las más de las veces nuestra personalidad quedó en el tintero porque al mundo—a este picaro mundo—no le interesa saber cómo somos.

Al fin y al cabo una vida que, no resignada, sino alegremente, está encerrada en unas fronteras pueblerinas, puede dar al viento de la publicidad muy poco fuera de su sencillez. Los pueblos entre otras cosas, tienen la virtud de contagiar su tranquilidad a los que llegaron a amarlos.

Las muchachas de pueblo... ¡alto! que acabamos de encontrar el tema a desarrollar hoy; aunque esto de tema a desarrollar no nos gusta ni un poquitín, digamos más bien la charla jemenina de este mes, sin que la palabra charla asuste a los que conocen nuestra resistencia en la conversación prolongada porque—por suerte tal vez—en nuestra Revista tenemos limitada la extensión.

Hemos dicho que íbamos a hablar de las muchachas de pueblo y resulta que...no sé, es algo así como miedo pero de un tamaño un poco mayor, lo que nos produce el enfrentarnos con tantas opiniones como ya hemos oído.

¿Qué estoy diciendo? ¿miedo? ¡eso querrán escuchar nuestros eternos polemistas! No; nos sobra valor para defendernos. Y ahora, sin acaloramientos, no pretendemos alardear de superioridad porque las chicas de pueblo tenemos virtudes y defectos como las jóvenes de capital.

Está muy equivocado el que crea que a una mujer no le es más fácil poner en juego todas sus mañas de feminidad que ser un poco sencilla o un poco del montón. El sentido de la mujer se lleva dentro; la que no coquetea, es sencillamente porque no quiere, no porque no sabe. El atractivo de mujer tampoco va en aumento con el adelanto de población, demostración sencilla de que no existe diferencia entre las jóvenes de uno u otro lugar.

El amoldarse al ambiente también es don que nace con la mujer. Cuesta más conservar nuestra personalidad en cualquier momento que transformarnos en el tipo que en cada momento predomina.

Sonreír cuando sabemos que se nos va a dar el título de simpáticos o reír a carcajadas cuando podemos lucir una bonita dentadura es facilísimo. Sostener una forma recta de obrar en contra de lo corriente del mundo es ya bastante menos fácil.

Como la unión hace la fuerza y nosotros por encima de todo defendemos a la mujer, no vamos a dividirnos en partidos de capital y de pueblo, pero sin poner más virtudes ni defectos en una que en otras, queremos demostrar que el haber